

lor comenzaban á jarse. Sentóse delante de la mesa sobre la que se hallaban colocadas las flores, y, mientras cenaba con un excelente apetito, las miraba revivir al contacto del bienhechor líquido.

Al fin, vencida por la fatiga y las emociones del día, concluyó por dormirse en los brazos de Juana, con un sueño tan profundo que fué preciso despertarla para llevarla á la cama, y que le duró hasta el amanecer.

Entonces se levantó, se lavó sola y por sí misma por primera vez la cara y sus brazos en el agua de la fuente que regaba el huerto, y, dando palmadas, gritó:

—Luis, ven á pasearte con María.

El joven médico, conmovido hasta derramar lágrimas, se prostró de rodillas delante de un crucifijo que había en su cuarto.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Bendito seas! Esta niña ha recobrado su razón. Acaba de expresar una idea completa y precisa. Las palabras han dejado de ser para ella sonidos vagos y desprovistos de sentido. ¡Bendito seas, Dios mío! ¡Bendito seas! Mi obra, gracias á vuestra misericordia infinita, toca á su fin.

En efecto, desde este día los progresos de María, marcharon con rapidez tal, que estaba encantado Luis el ver como se desarrollaba aquella inteligencia por tantos años alejargada. Al mismo tiempo iban borrándose las huellas de su larga y penosa enfermedad. María comenzaba ya á leer, y trazar caracteres muy legibles, y en nada se parecía ya á la salvaje é idiota criatura que cinco años antes había traído Juana á las soledades de San Florentin.

Sin su afición á los mirlos, cuyo número se aumentaba



María tomó asiento en el carruaje enfrente de su nodriza y los caballos echaron á andar.

cada vez con las crias sucesivas, y en cuya compañía se pasaba todas las mañanas y que le mostraban el mas tierno amor, difícilmente hubiera podido reconocerse á la loca de los pájaros en la hermosa jóven que iba limpia y elegantemente vestida.

Se expresaba con una finura, y tal exactitud de expresión que era el encanto de cuantos la trataban, y así los muchachos, lejos de burlarse de ella y de insultarla como antes, la saludaban respetuosamente, la cedían el paso, y la llamaba la *Señorita*.

Juana estasiada sin cesar delante de su hija adoptiva exclamaba á cada instante:

—Dios me ha devuelto á mi verdadera María de otro tiempo

Hácia el otoño, Luis que, despues de algunas semanas,

SEGUNDA SERIE.—1866.

hacia solo frecuentes escursiones, anunció que tenia necesidad de dejar la cabaña para emprender un viaje. Al comunicar á María este proyecto la vió palidecer y volver la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—¡Pronto volveré! Dijo.

—¡Pronto! Dijo ella: sí, pronto, ¿no es esto? Me parece que al alejaros de mí os llevareis con vos la vida y la razón que me habeis devuelto.

—Un deber me obliga á dejaros por pocos días. ¿Quereis que falte á este deber?

—No, respondió ésta. ¡Padeceré, pero marchaos! Pediré fuerza y resignacion á Dios, al que me habeis enseñado á conocer y encomendarme.

Luis se puso en camino á la mañana siguiente,

María que no había dormido en toda la noche, en cuan-

AÑO XXIV. 27.

to dejó de oír el ruido del carruaje en que se alejaba su primo fué á sentarse debajo del árbol donde tenia costumbre de tomar sus lecciones. Al ver á su favorita, los mirlos bajaron de los árboles y sin lograr fijar su atencion repitieron las palabras mas bonitas que les habian enseñado. De pronto el uno de ellos pronunció el nombre de Luis que todos sus compañeros se apresuraron á repetir con él.

—¡Luis! ¡Luis! ¡Luis! dijo ella. ¡Cuándo te volveré yo á ver, cuándo le volveréis á ver vosotros que le amais como yo!

En aquel momento se oyó el ruido de los caballos, y un carruaje que atravesaba el camino y se paró delante de la puerta de la cabaña.

—¡Vuelvel! exclamó María corriendo al carruaje.

No era Luis, sino una señora anciana que se adelantó hácia la jóven confusa toda y pudorosa.

—Querida niña, la dijo con emocion, dadme un abrazo. Soy la hermana de vuestra pobre madre..... y la madre del doctor Luis, añadió con una nueva sonrisa.

—¡Ah! ¿Cuándo volverá Luis? exclamó María á quien su maestro se habia guardado bien de enseñarle el arte de ocultar y disimular su pensamiento.

—¡No volverá, hija mia!

—¡No volverá! repitió dolorosamente María. Luego, ¿qué quiere que vuelva á hacer una pobre muchacha privada de razon? ¡Conque quiere que me muera!....

—No volverá, pero vos vendreis á encontrarle conmigo.

—¿Cuándo? Os suplico que me digais cuando.

—Ahora mismo, porque Luis nos aguarda en la casa de campo que hace un año ha comprado para mi, á cuatro ó cinco kilómetros de esta cabaña.

—¡Marchémonos! ¡Marchémonos!

—Sea, pero con una condicion.

—¿Cual?

—Es preciso consentir en vivir conmigo.

—¡Con la hermana de mi madre! ¡Con la madre de Luis! ¡Ah! voy á ser la criatura mas feliz.

—No es eso todo: es preciso consentir tambien en ser la mujer de mi hijo Luis.

—¿Su mujer? Preguntó María yo no sé lo qué es eso, pero no importa, acepto. Pero, ¿cuáles son los deberes de una mujer para con.....

—Su marido.

—¿Su marido?

Repitió la jóven,

—Estos deberes consisten, replicó la anciana señora, en jurar en la iglesia delante de Dios, amar á aquel con quien va á unirse para siempre su destino.

—Yo amo ya á Luis con toda mi alma.

—Obedecerle.

—Tengo la costumbre de obedecer á Luis muy gustosa en todo.

—Y de ser la verdadera hija de su madre á quien amais cual si fuéseis su propia hija.

—Os amo ya casi tanto como á Luis.

—Yo me guardaré bien, chiquita, de exigir que me querais tanto como á él. Queredme solo como á vuestra tia, como á vuestra madre, y no pido más. Venid, no os queda mas que acompañarme á mi casa. Vamos á reunirnos con mi hijo.

—¡Sí, vamos á reunirnos con él! exclamó María.

Salía ya por la puerta del huerto cuando se paró de repente.

—¡Madre mia! dijo; aquí tengo otra madre que no puedo

abandonar. Sin ella vuestra hija hubiera muerto sin que nadie mirase por ella.

—Ya me esperaba yo esa peticion, hija mia, y Juana está ya dentro del carruaje aguardándonos.

—¡Vamos! ¡Vamos! marchemos, dijo María dando palmadas.

—¿No dejais nada aqui, con pesar, querida hija?

—¡Sí tal! Siento dejar los sitios donde he vivido á su lado, donde me ha devuelto la razon y la vida, y donde vos habeis venido á devolverme una madre.

—Pues bien; vendreis con frecuencia con vuestro marido á visitar esta cabaña, y á revivir en vuestros recuerdos, y á encontrar vuestros pajaritos, porque Luis me ha contado vuestro grande amor y aficion á ellos.

—Mis pájaros no me abandonarán, respondió María.

—Yo no puedo, sin embargo, dar lugar en mi carruaje á esa nube de pajaritos que vuelan encima de nosotros.

María levantó la cabeza hácia los mirlos, dió unas palmadas y enseñó á los pájaros el carruaje en el que tomó asiento al lado de su tia, y enfrente de su nodriza. Los caballos echaron á andar. Inmediatamente los pájaros se lanzaron en el aire y volaron por encima del carruaje hasta que entró y se detuvo en el parque de una hermosa casa de campo en donde se encontraba Luis.

—¡María! ¡María! Esclamó éste cogiendo en sus brazos á su prometida, y dándola por la vez primera un beso en la frente.

—Mi querida María, dijo la madre de Luis enseñándole los mirlos colocados unos sobre los árboles del parque y corriendo otros en el suelo donde les habia echado una buena provision de trigo. ¿Estais contenta encontrando aqui todo cuanto allá abajo os rodeaba: vuestro primo, vuestra nodriza y vuestros pájaros?

—¡Ah! respondió María arrojándose en los brazos de su tia..... He encontrado todavía otro tesoro que hacia mucho tiempo que habia perdido: ¡una madre!!!

S. ENRIQUE BERTHOUD.

MONUMENTOS ARQUEOLOGICOS

DE GUADALAJARA.

Remontarse á buscar el origen de la primitiva poblacion de Guadalajara, capital de la provincia del mismo nombre, distante de Madrid dos horas escasas por el ferro-carril de Zaragoza, seria empresa aventurada, cuando no existen datos ciertos ni fidedignos acerca de su fundacion y primera existencia. Atribúyena algunos origen fenicio, para designarle un principio allá en los tiempos casi fabulosos de nuestra historia; quieren otros considerarla como la antigua *Complutum* de la dominacion romana, ó como la *Arriaca* que se encontraba en el camino de Mérida á Cesarangusta, y otros, en fin, la suponen *Carraca* ó *Caraca*, poblacion del mismo tiempo. Discuten los eruditos sobre su antigüedad y nombre en tan remota época, hasta que al invadir los árabes nuestro suelo se la encuentra en su poder con el nombre de *Wal-al-hadjara* (rio de muchas piedras), de que se formó posteriormente Guadalajara.

Repetidas veces se menciona esta poblacion en la histo-

ría, hasta que el rey don Enrique IV la concedió el título de ciudad en 1460. — En 1060 fué recobrada de los moros por las tropas del rey de Castilla don Fernando I; despues de la conquista de Toledo pasó á la corona de Alfonso VI en 1085; don Alfonso VII y don Alfonso VIII la concedieron diferentes gracias y privilegios, siendo residencia muchas veces de los monarcas castellanos ó de sus esposas. En 1207 se celebraron en ella treguas entre los monarcas de Navarra y de Castilla, y á los pocos años, en 1219, la eximió don Fernando III de todo tributo, concediéndola fuero simple. No menores exenciones y franquicias recibió de los reyes sus sucesores, y en ella se celebraron vistas entre algunos monarcas. En 1274 fué Guadalajara concedida en señorío á la infanta doña Berenguela; en 1331 se la concedió nada menos que el fuero de Sepúlveda, y en 1390 se celebraron en ella Córtes, para cuya asamblea gozaba de voto, aunque sin asiento señalado.

Tambien se celebraron Córtes en 1408, siendo gobernador del reino don Fernando, y, en fin, en todas épocas ha recibido Guadalajara numerosas distinciones de sus monarcas. Los Reyes Católicos estuvieron en ella en 1495 para visitar en su última enfermedad al gran cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, que murió en la misma, y en esta ciudad don Felipe II ratificó en 1560 su matrimonio con doña Isabel, dándoles la bendicion nupcial el cardenal Borbon. Posteriormente, durante la guerra de sucesion, figuró Guadalajara no poco en los acontecimientos políticos, y en la guerra contra los franceses se portó como de las mas leales á la causa de la patria y de las mas enérgicas y decididas.

Como es de suponer, en una ciudad que ha llamado en otro tiempo la atencion de reyes y magnates, deben existir monumentos arqueológicos de no escaso mérito histórico ó artistico. Y asi es en efecto, siendo principalmente visitado por los viajeros el palacio del duque del Infantado, que se comenzó á construir en 1461 á espensas de don Diego Hurtado de Mendoza. Si bien de no muy buen gusto, la observacion del que visita este antiguo palacio se detiene en el zaguán, en la escalera de piedra y patio con galería en sus cuatro costados, sostenida por veinte y cuatro columnas y arcos góticos. Las habitaciones, en particular la llamada sala de Linages, tienen techos artesonados de madera dorada, teniendo su principal mérito en las pinturas de Rómulo Cincinato, que en diferentes salas representan fábulas de la antigüedad ó meramente adornos.

Las casas consistoriales, edificadas en 1585, siendo corregidor el licenciado Bobadilla, ocupan una linea de 40 piés por 38 de fábrica ordinaria, con un balcon corrido que coge las dos fachadas, y tienen una galería en el piso bajo con cuatro arcos de orden jónico y otra igual en el principal, sala de sesiones con techo artesonado en forma de bóveda, y habitaciones diversas que no ofrecen interés alguno.

El templo de Santa María es, segun se asegura, el mas antiguo. Tiene tres naves, decorando la del centro el altar ó retablo mayor, construido á costa del cura párroco don Manuel Albornoz y Soto, que falleció en 1632, segun atestigüa una inscripcion en piedra á la entrada de la pila bautismal. Al lado del Evangelio se halla un sepulcro con figuras que representan la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo y un caballero arrodillado con este título:

Este bullo es del honrado Juan de Morales, tesorero de los muy altos é muy poderosos señores don Fernando y doña Isabel, reyes de Castilla é de Leon, é de Jerusalem, é de Granada. Falleció en 22 de abril de 1502 años.

Consérvanse en la misma iglesia siete sepulcros de los

Guzmanes, y la imágen de nuestra Señora de Sopetran que se hallaba en el monasterio de este nombre en la villa de Hita. Custodiase igualmente la Virgen llamada *de las Batallas*, porque la llevaba el rey don Alfonso VI en la guerra contra los moros.

En el convento de Santa Clara existen varios sepulcros; pero mas notable es el panteon de los duques del Infantado, que se levanta en el convento de San Francisco, y fué comenzado en 1696 y terminado en 1728 bajo la direccion del arquitecto don Felipe Sanchez, habiendo costado 1.082,707 reales.

En San Nicolás se encuentran sepultados don Jorge Ceron, doña Maria Juana Campuzano y don Diego José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar. Como joya artistica de la edad media puede considerarse la sillería del coro que se halla en esta iglesia, traída de otra de Sigüenza, y bastante desconocida de los arqueólogos.

En San Ginés pueden admirarse los sepulcros de don Diego Hurtado de Mendoza y de su esposa la noble doña Juana de Valencia, de mármol blanco y revelando el buen gusto del renacimiento de las artes. Recientemente se han colocado en la misma iglesia los sepulcros de los condes de Tendilla, de época mas remota que los anteriores, brillando en ellos por completo el carácter especial de la edad media.

Guadalajara posee asimismo un pequeño museo, en el que se conservan cuatrocientos cincuenta cuadros, ya en lienzo, ya en cobre ó tabla, y además el sepulcro de doña Aldonza de Mendoza, trasladado desde Lupiana, y cuatro estatuas de madera, no del mayor mérito, representando santos.

EL ESPIRITISMO

El señor Costanzo nos ha honrado dirigiéndonos cinco artículos en forma de cartas, desde las columnas de *El Monitor de la Industria y del Comercio*. Respecto á los dos primeros artículos, por falta de espacio nada podemos decir. Los tres últimos pueden considerarse en sus detalles ó abrazarse en su conjunto. Como lo primero nos llevaría demasiado lejos, por amor á la brevedad damos la preferencia á lo segundo.

El señor Costanzo, parece como que admite ó al menos no rechaza la magia ni el espiritismo. No lo estrañamos. Está probado que el exceso de la critica conduce al fanatismo, y el señor Costanzo es critico quizá en demasia. Se sabe que el exceso del racionalismo arrastra á la supersticion, y el señor Costanzo, en muchas ocasiones, se muestra hasta exaltado racionalista. La supersticion espiritista es la debilidad de los hombres que no creen, y el vicio de los siglos que se apartan de la fé.

Grecia pasa por ser la nacion de la filosofia, y es el pueblo de los oráculos. La sabia Atenas fué la ciudad mas supersticiosa del mundo. La historia de la mitologia griega es un monumento de eterna afrenta para la razon humana.

Roma, la racionalista república de Roma, nació de la supersticion de Numa; se desarrolló apoyándose en la supersticion de treinta mil dioses, y murió sepultada bajo la ignominia del fanatismo de Caton, la credulidad de Bruto y los libros absurdos compuestos por Ciceron, para

demostrar la verdad de la *adivinación*, la sinceridad de los agoreros y la eficacia de las ridículas respuestas de los oráculos.

Y esto que sucedía en lo antiguo, cuando la razón se hablaba, como ahora se dice, en su infancia, acontece también hoy, para oprobio de nuestro siglo, á pesar de haber entrado la razón y la crítica en su edad viril.

Los pueblos mas adelantados en la carrera de la civilización, son, por confesion de todo el mundo, los Estados Unidos y la Gran Bretaña; Francia, y la Confederación Germánica. ¡Cosa estraña! Estas naciones, que son cabalmente las mas dominadas por el racionalismo, son por otra parte las que mas se han humillado, descendiendo hasta someterse á los delirios de la magia y las supercherías del espiritismo.

¿Cómo se explica este fenómeno? ¿Será cierto que la razón necesita creer algo, porque no puede ni quiere ser independiente? ¿Será cierto que, como se ha dicho, cuando una nación no cree en Dios, que es infinitamente sabio, cree en el charlatanismo, que es infinitamente despreciable?

Y lo dicho de las naciones puede afirmarse también de los individuos, y no de los individuos que forman el vulgo ignorante, sino de los que por su saber ó su fortuna mas gloria han dado á la humanidad.

Sócrates, antes de morir, quiso hacer un sacrificio á los dioses. Alejandro, con ser discípulo del gran Aristóteles, no se libró de las supersticiosas creencias de su tiempo. El mismo César era fanático hasta el punto de no dar ninguna batalla sin consultar antes á los oráculos ú oír el dictamen de los agoreros.

En nuestros días se ven acerca de este punto cosas que pasman. Nosotros hemos conocido á un alto personaje, hombre de clarísimo talento y no escasa ciencia, crítico hasta la extravagancia y *despreocupado* hasta el fanatismo, que, á su decir, no creía en el diablo y que no obstante, jamás podía dormir sin luz, porque al trevés de la oscuridad vislumbraba unos espíritus malignos y ciertos espectros horribles que con sus amenazadores ademanes lo llenaban de espanto.

¡Qué contradicción! ¡Este hombre, que no tenía fé, que no creía en los espíritus malignos, no podía dormir tranquilo por miedo á los espíritus malignos, en los cuales no creía! ¿Se hallará en este caso el erudito autor de las cartas á las cuales contestamos? Lo cierto es, que como los estremos se tocan, el racionalismo y el fanatismo, la incredulidad y la superstición se dan siempre la mano.

Peró, ¿qué cosa es la magia? ¿Qué se entiende por espiritismo? «La magia, dice el espiritista Potet, se funda en la existencia de un mundo *misto*, colocado *fuera de nosotros*, con el cual podemos entrar en comunicacion por medio de ciertos procedimientos y ciertas prácticas.» (*La Magie dévoilée*, edición de lujo, página 147.)

Y ¿cuál es este mundo *misto*? ¿No se dice! Si este mundo *misto* está colocado fuera de nosotros; si no lo vemos, ni lo oímos, ni lo tocamos, ¿cómo hemos podido averiguar su existencia? ¡A esta pregunta no responde la *ciencia* espiritista! ¿Qué procedimientos, que prácticas se emplean para ponernos en comunicacion con el mundo de los espíritus? ¡Esto se oculta con un tupidísimo velo! Los espiritistas se asustan siempre de la luz y jamás salen de las tinieblas. ¡Y hay no obstante, hombres de talento que respetan el espiritismo!

Y no se crea que el espiritismo pone escaso empeño en

ocultar sus misterios; todo lo contrario. El secreto para él es cuestion de vida ó muerte. «Creo, dice Potet, que sería peligroso para la existencia del magnetismo el revelar á todo el mundo lo que únicamente deben saber pocas personas.» (*Journal du magnétisme*, año de 1854, núm. 198, pág. 163).

«Estamos ya, dice Mr. Arnette, en el dominio de la magia; la iniciación comienza; no es permitido revelar sus misterios.» (Obra citada, núm. 165, pág. 294).

¿Y hay, sin embargo, quien dé el nombre de ciencia á una superchería criminal y absurda que con tanto interés oculta sus manejos para que no sean descubiertos sus miserables artificios? La crítica racional, al fijarse en esto, no puede menos de rechazar con indignación el espiritismo.

Peró aun hay mucho mas. El espiritismo es una verdadera sociedad secreta que amenaza con penas terribles á sus adeptos ó iniciados si revelan sus ocultos misterios. «Todos los espiritistas, dice Eliphas-Levi, que han revelado sus obras, han perecido de muerte violenta y algunos se han visto obligados á apelar al suicidio.» (*Dogme et Rituel*, tomo I, edición de 1856, página 94).

Y en la página 97 añade el propio Eliphas: «El mago es soberano y tiene el derecho de castigar. Cuando ejerce este derecho, cumple con un deber y es implacable como la justicia.»

Y en vista de esto, ¿podrá decirse aun que el espiritismo es una verdadera ciencia? ¿Podrá sostenerse que es una cosa natural, hecha con buen fin y con el auxilio de medios legítimos? ¡La ciencia no ama las tinieblas ni se escuda con el crimen!

Todavía encontramos otra cosa en la magia que hace resaltar mas y mas su falsedad. Para ser magnetizado es preciso tener fé en el magnetismo. Esto demuestra que el magnetismo es una absurda superchería. El fuego tiene la propiedad de quemar, y quema lo mismo al plutonista, que lo ve en todas partes, que al berkleyista, que ni aun cree en su existencia. Las causas naturales, aunque se nieguen, producen siempre sus naturales efectos.

Y no calunniamos al espiritismo. No hacemos mas que repetir lo que dicen sus mas afamados doctores. «Nadie, dice Puységur, puede ser magnetizado *contra su voluntad*. De otra manera el magnetismo sería imposible.» (*Mémoire pour servir á l'histoire du magnétisme*, pág. 200, nota 2.ª)

«Para que el magnetismo, dice Du Potet, se ejerza con toda su fuerza es necesario QUE EL CORAZON CONSIENTA.» (*Essai sur l'enseignement philosophique du magnétisme*, páginas 111 y 271.)

D'Orient, tomo III, pág. 275, dice lo propio, casi con las mismas palabras.

De modo que para ver lo que el espiritismo revela es preciso que haya deseo de verlo, es indispensable que se quiera ver, es decir, se necesita ser cómplice. Esta es la verdad. No negamos, sin embargo, que los espíritus apocados puedan dejarse vencer á causa de su debilidad. En este caso podrán hasta perder la sensibilidad, porque desde Cain acá el miedo viene haciendo, hace y hará asombrosos prodigios. Pero las personas así magnetizadas no hablarán griego si antes no lo aprenden, ni explicarán cuando se hallen en el llamado sonambulismo lo que antes no se les haya explicado.

Señalemos otra entre las mil debilidades del espiritismo. «La penetración del pensamiento, dice Gasparin, es el hecho CONSTANTE y FUNDAMENTAL del magnetismo.» (*Le Sur naturel*, tomo II, pág. 276.)

«Todos los espíritus, dice Allan-Kardec, son diáfanos, y

ninguno puede ocultar á otro ni uno solo entre sus pensamientos.» (*Los Espíritus*, pág. 80.)

De cuyo principio, que debe ser constante y fundamental, se infiere que todo buen espiritista debe penetrar todos los corazones de todos los hombres. ¡Qué inmensa dicha! Sin embargo, los grandes espiritistas juegan á la lotería y no ganan; tratan con otros hombres y se dejan engañar; se dedican al comercio y se arruinan, ó por no conocer cuáles son los negocios lucrativos, ó por no sospechar siquiera de las aviesas intenciones de los estafadores que los esplotan. Es hasta curioso el ver á un espiritista charlatan casi pidiendo limosna para no morir de hambre, al propio tiempo que dice y asegura, repitiéndolo hasta la saciedad, que se halla en comunicacion con los espíritus, y que con el auxilio de dichos agentes sobrenaturales puede descubrir hasta los mas escondidos tesoros. Farsa, todo farsa en el espiritismo.

Es igualmente muy digna de tomarse en cuenta la nomenclatura de la magia. Sabido es que en nuestro tiempo está de moda el burlarse de las *qualidades occultas* de los antiguos escolásticos; pero lo que no se repara bien es, que todo lo que se reprueba primero como ridículo en los escolásticos, se admite despues cual cosa excelente en los espiritistas.

Eliphaz-Levi (*Dogme*, desde la pág. 171 hasta la 176) afirma con mucha formalidad que el magnetismo se funda en una *luz astral*. Esto no puede ser mas absurdo; pero en cambio tampoco puede ser menos claro, y váyase lo uno por lo otro.

Rogers (*Philosophy of mysterious agents*), intentando esplicarse con menos confusion, dice que la base del magnetismo se halla en cierta FUERZA UNIVERSAL. *The mundane force*.

¿Qué mas podemos apetecer? Con saber esto ya nos basta y aun nos sobra. ¡Una fuerza universal! ¿En qué consiste esta fuerza? ¿De dónde proviene? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo se ha descubierto? ¿De qué manera obra? Todas estas preguntas deberán ser impertinentes. Despreciémoslas, pues. ¡Cuán absurdo es el espiritismo!

¡Cuánto podríamos decir, si quisiésemos detenernos en este punto! Hay espiritistas que apelan al mundo animado de los antiguos; otros hablan de un fluido vago, que nadie esplica y todo el mundo puede sentir; otros, por último, no sabiendo ya á que recurrir, recuerdan que Plutarco fué sacerdote de un oráculo, y por espíritu de imitacion clásica, inventan una fuerza *oracular*. ¡Quedamos enterados! La ciencia espiritista funda su *verdad* en la *evidente mentira* de los antiguos oráculos.

Por otra parte los espiritistas no se paran en barras. Ya se sabe que son capaces de escribir libros y mas libros para probar que una mesa habla, rie, oye y entiende, llegando hasta identificarse con nuestra alma. No les pidais la razon de esto, porque una ciencia tan profunda no debe dar razon de nada.

Y como si esto fuese poco todavía, los espiritistas pasan mas adelante y nos dan recetas para hacer almas, discos y todo cuanto queramos. Roger, habla de esto con mucha formalidad en su *Filosofia de los agentes misteriosos*. En dicha obra comienza diciendo que Dios no existe, que Dios no es mas que la materia, que el orden sobrenatural es una quimera, y sin embargo que el espiritismo es una verdad. Unos *espíritus* que no son *espíritus*. Hé aquí un gran adelanto de la *ciencia* moderna.

Adan-Kardec dice que los espíritus le han dictado un li-

bro, y sin embargo, se empeña en hacer creer que Dios no existe, que Dios es solo la quinta esencia de la materia. (*Los Espíritus*, pág. 44).

No nos sorprende que esto se diga, porque al fin, nadie ignora que los grandes doctores del espiritismo comienzan queriendo reirse del mundo y concluyen por hacer reir con sus extravagancias á la humanidad entera. Lo que nos sorprende y mucho es que haya quien dé crédito á tan monstruosos delirios.

El incrédulo Du Potet ha descubierto, segun dice, que es cierto cuanto se ha dicho acerca de los hechiceros y de las hechicerias de los tiempos antiguos. (*La magia*, página 50).

¿Qué hemos de añadir á esto nosotros? Se niegan por un lado los milagros del Evangelio, y se admiten por otro las supercherias de las brujas. ¡Y esto en nombre de la razon!

Roger, incrédulo y hasta fanático en su incredulidad, refiere, no obstante, dándole entero crédito, el hecho de una mujer que fué hechizada. Por ser demasiado estensos no copiamos los pormenores que da en la *Filosofia de los agentes misteriosos*, desde la página 231 hasta la 264.

Regazzoni, tambien incrédulo, asegura que por medio de invocaciones de los espíritus y palabras misteriosas, logra hacer que su pensamiento sea penetrado y comprendido por las personas á quienes magnetiza. Sin embargo, Regazzoni, como todos sus colegas, procura *operar* en salones preparados al intento. El dia 18 de marzo de 1856 se descuidó algun tanto, y «descubrió el p. stel.» Prometió hablar al corazon con solo el corazon, sin pronunciar ninguna palabra ni hacer ningun gesto. Sin embargo, como nunca se atan bien todos los cabos, se echó de ver que las órdenes se comunicaban por medio de un piano, que habia en el salon de los *prodigios*. La Sonámbula, que era sobrina de Regazzoni, sabía muy bien lo que significaban los ya concertados ecos de ciertas teclas.

Basta con lo espuesto.

MIGUEL SANCHEZ.

EL HOMBRE HONRADO Y EL HOMBRE DE HONOR.

¿El hombre honrado y el hombre de honor, es una misma cosa? Meditemos.

La sinceridad en sus palabras, la fidelidad en el secreto y en sus promesas, la rectitud, la equidad, la buena fé, la probidad en toda su conducta, la constancia en sus amistades, un reconocimiento declarado hacia sus bienhechores, un alma superior al sórdido interés, un poco de viveza sobre todo lo que puede herir la reputacion, y bastante valor para defenderla por las vias permitidas; hé aquí, si no nos equivocamos, todas las virtudes que contiene la idea del hombre de honor; pero es necesario confesar que entre estas virtudes existen vicios que pueden ser compatibles con estas mismas virtudes. Se puede ser brusco, iracundo, duro en las maneras, áspero sobre sus derechos, presuntuoso, fanfarron, pedante, etc.

Vengamos ahora al hombre honrado. El hombre honrado es esencialmente hombre de honor, pero un hombre de honor que escluye todos los vicios de que acabamos de hablar. No puede ser ni brusco, ni iracundo, ni áspero sobre sus derechos, ni estremado en nada. La moderacion en todo

es el fondo íntimo de su carácter. Dueño de sí mismo, es firme sin ser duro, franco sin ser grosero, recto sin ser inflexible, valeroso sin ser fanfarron, ni presuntuoso. El buen sentido, el buen corazón, la religión y la conciencia, la honestidad de costumbres y de maneras, entran en su definición. Sumiso á las leyes divinas y humanas, dulce, modesto, aficionado al orden, observador de los beneficios, lleno de consideraciones hacia todo el mundo; buen maestro, buen pariente, buen amigo, buen ciudadano, pero sin encerrar su estimación en su patria, ni sus afecciones en su familia ó en su cuerpo, ni toda su benevolencia en sus amistades, que siempre tienen para su buen corazón límites muy estrechos; en una palabra, es profundamente hombre, y ningún hombre que está en la tierra, le es indiferente ni extraño.

M. P.

EL CAMBIO DE AIRE.

¡Qué modificaciones tan estrañas han experimentado las costumbres de cuarenta años á esta parte! Circunscribiéndonos á la costumbre de viajar, hagamos un juicio comparativo entre aquellos tiempos y los presentes, y veremos que entonces la sociedad no se hallaba muy predispuesta á emprender con tanta frecuencia esas expediciones que hoy nos facilitan las vías de comunicación. Hoy los viajes veraniegos, la traslación de un punto á otro por distante que se encuentre del punto de la residencia habitual, es un asunto de fácil solución, es una necesidad que es preciso satisfacer, aun cuando haya que recorrer un trayecto de setenta le-



El paseo de los recién llegados.

guas. ¿Qué son setenta leguas habiendo caminos de hierro? Es una cuestión de horas. En otra época un viaje de cinco leguas era una empresa que necesitaba meditar con anticipación. ¡Cuántos preparativos, cuántos obstáculos que allanar! Hoy todo está meditado, todo está previsto.

Nuestros abuelos buscaban un vehículo particular para trasladarse á un punto cualquiera. Las diligencias y las galeas no se apartaban de los pueblos de la carretera; toda población que estuviera distante de ella, no tenía medios establecidos para emprender estos viajes. Era necesario buscar un coche de camino, y llevar en él todo lo necesari-

o en un baul y en una maleta: los sacos de noche, las carteras de viaje y otros adherentes propios de estas situaciones, eran desconocidos todavía.

Se llegaba al pueblo; se buscaba la posada; para salir á la calle era preciso ponerse, como suele decirse, los hombres de punta en blanco, y las señoras de veinte y cinco alfileres. Si eran gentes procedentes de Madrid, naturalmente tenían que escitar la curiosidad de los habitantes del pueblo. ¿Qué concepto formarían de los cortesanos, si estos no discurrían por las calles con el decoro y la decencia que reclamaba su posición?

Entonces no se conocía el verdadero traje de campaña. Entonces las señoras no llevaban su sombrero de paja, las faldas formando graciosos pabellones, ni sus botinas á media pantorrilla. Los hombres no vestían el paletot de entretiem- po, ni cubrían su cabeza con el hongo. Entonces era necesario, para ir á la iglesia, por ejemplo, para pasar á la casa de baños, para visitar alguna antigüedad, vestirse de rigurosa etiqueta, y caminar por las calles del pueblo con la debida compostura, con la correspondiente circunspeccion, porque estaban seguros que el vecindario había de asomarse á la ventana para verlos pasar y analizarlos detenidamente.

—¡Allí van los forasteros! decían los habitantes del pueblo al verlos pasar.

La afluencia no era tan numerosa, y forzosamente tenían que llamar la atención.

Todo esto y otras cosas más, pensaba yo cuando me disponía á dejar hace pocos días el pueblo á donde el médico me había aconsejado que pasase á tomar baños. En mis escursiones por aquellos contornos, había tenido ocasion de admirar la animacion de sus transitorios residentes, é hice las comparaciones que me sugerian las circunstancias.

Hemos de advertir que el punto en el cual he pasado los calurosos meses de julio y agosto no es de esos que pueden contar con las ventajas del ferro-carril, pero hay diligencias.

Cumplido el precepto del médico y ansioso de regresar al paraje donde me esperaban mis interrumpidas ocupaciones, el día 1.º de setiembre tomé el billete y en aquel mismo día emprendí mi regreso á Madrid.

Eramos seis personas las que ocupábamos el interior. Un caballero anciano que había venido con su nieto, porque el médico le había aconsejado que el niño necesitaba respirar otros aires y tomar los baños de N....., esto es, los mismos que yo había tomado. Un señor don Gerónimo de..... de profesion prestamista, por lo que pude entender ó colegir por cierto diálogo entablado acerca del mérito de un reloj de bolsillo, cuya máquina se estuvo analizando. Un consejero de Estado, un francés, fabricante de coches, un empleado en el Tribunal mayor de Cuentas, con real licencia, y mi humilde personalidad.

Después que hubo terminado la cuestion relativa al mérito del reloj, que por cierto pertenecía al fabricante de coches, y á cuyos debates me mostré del todo indiferente, el nieto de don Gerónimo comenzó á llorar, y el abuelo, así que hubo conseguido acallarle, refirió las gracias de la criatura, sus dolencias y la necesidad que había tenido en llevarle al pueblo para cambiar de aires.

Se habló allí en pro y en contra de esta necesidad, y el empleado en el Tribunal de Cuentas tuvo ocasion, tomando la palabra, de probar que no solamente sabia echar cuentas, sino que tambien era perito en medicina. En tono magistral y severo vino á decirnos lo siguiente:

«Hay tres sirenas cuyas antiguas seducciones han llegado á ser muy vehementes en nuestros días, y que atraen con sus graciosas sonrisas á los nerviosos, á los raquíticos y á los que la medicina no puede curar, ó, por lo menos, á los que no cura con bastante prontitud. La una, la estacion del invierno, le lisonjea con su aire tibio y clemente; la otra le hace notar las virtudes de sus aguas, elaboradas bajo la influencia de las fuerzas misteriosas de la naturaleza, después de haber recibido el poder que cura; la última, en fin, le atrae con el encanto completo, al cual se reúne el atractivo de uno de los espectáculos de la naturaleza, los

senderos marinos y las voces sonoras del mar espumante. Estar enfermo hoy y no ir sucesivamente á las aguas de..... ó en algunas estaciones de invierno á la zona mediterránea, es confesar que faltan los recursos. Hay abuso bajo este punto de vista, eso es incontestable. En otro tiempo las personas morían en su casa; no había en este momento supremo una ocasion en que poder girar su pensamiento hácia un Argos ausente; los ojos se cerraban en el horizonte de las costumbres, de la familia y del hogar que siempre habían conocido. Hoy morir en su casa ha llegado á ser en ciertas condiciones sociales una especie de rareza, y con el auxilio de la moda la muerte llegará á ser cosmopolita, como lo es ya la vida. No vamos á examinar esta peregrinomania bajo el punto de vista de las costumbres y del sentimiento, sino únicamente en sus relaciones con la salud. El cambio de aire, y sobre todo los viajes, constituyen medios de un gran poder para conservar la salud ó para restablecerla: estos son verdaderos medicamentos, que se pueden contar entre los más activos; pero tambien es necesario que se prescriban en tiempo oportuno, y no de una manera empirica; á enfermos que tienen todavia bastante recursos para aprovecharse de ellos, y no á moribundos que las más de las veces no llegan á la tierra Canaan, hácia la cual los encaminaban. Invóquese como una necesidad de aquella medicina moral en que reside la parte más dolorosa, pero la más elevada de la mision del médico, y yo responderé que la imaginacion puede fácilmente encontrar otra cosa mejor que este partido violento que rompe de repente el núcleo de las mil costumbres físicas, afectivas é intelectuales que se hallan encarnadas en el ánimo del paciente.

»La reconvenccion que acabo de dirigir al abuso de los viajes de los enfermos no se ha formulado todavia, pero corresponde, estoy seguro de ello, al pensamiento secreto de más de un médico! El cambio de aire, por el contrario, es un medio menos radical, menos perturbador; los beneficios que reporta no exigen sacrificios graves, y es uno de los recursos, cuyos mejores frutos pueden recoger la medicina y la higiene.

»Cambiar de aire, es hablando con propiedad, renovar la existencia, es romper la cadena de mil eslabones invisibles, y unir todos sus órganos al contacto de modificadores animados de nuevas propiedades. Esta influencia es tan poderosa, que el cambio de aire, no es solamente favorable cuando se deja una localidad menos saludable por otra más favorecida, sino que el beneficio de estas emigraciones se experimenta hasta cuando las condiciones nuevas á que nos sometemos parecen semejantes á las que dejamos. Cuando el cuerpo sufre, aparece la necesidad del movimiento; el enfermo se resiente de falta de movimiento, y la satisface de una manera instintiva cuando á cada instante cambia de posicion en su lecho. Lo mismo cree trasladándose de un lugar á otro; cree vencer el mal contra el cual lucha. Esta influencia no es de un orden puramente moral, causa una accion sobre el físico por un aumento de apetito, que es el resultado casi inmediato del cambio de aire. Apenas nos apartamos algunas leguas de la atmósfera en que se perdió el apetito, encontramos las probabilidades de volverle á encontrar, y las aptitudes digestivas del estómago parece que se duplican bajo la misma influencia. La animacion del espíritu, y la independencia que concedemos á ciertas esclavitudes habituales concurren á este resultado; pero falta algo todavia.

»La residencia en el campo, la habitacion en parajes ele-

vados, el aire del mar, constituyen las condiciones diferentes del cambio de aire.

»No se vive en las ciudades, se gasta en ellas la vida: la influencia de la ciudad es deletérea cuando no se corrige por la respiración hasta cierto punto cotidiana del aire saludable del campo. Los ricos tienen el sentimiento de esta necesidad, y su quinta ó posesión rural les satisface. Los paseos de nuestras grandes ciudades ofrecen algunos recursos á los pobres, pero esto no pasa de ser el *aria urbana*. Los baños de aire son indispensables á todo el mundo.

»La proximidad de las montañas mas ó menos elevadas en una localidad permite á sus habitantes la adquisición, sin alejarse mucho, las ventajas de un cambio de clima. A medida que se aleja, la pureza química del aire de las montañas, la dimensión de la presión atmosférica, son los elementos físicos, que es necesario que intervengan para explicar la influencia saludable de la residencia en alturas

moderadas. En cuanto á la acción moral que puede ejercer sobre las organizaciones impresionables la contemplación de las montañas donde la naturaleza ha derramado á torrentes aquella mezcla de lo gracioso y lo terrible, con lo cual adquiere tan fácilmente lo pintoresco, nadie la puede negar. Sin duda se ha exagerado la influencia del aire natal sobre la salud y sobre la convalecencia, y en esto, como en otras muchas cosas, el sentimiento y la poesía han usurpado un poco el lugar de la observación y de la realidad; pero en el fondo, esta idea, como todas las ideas populares, tiene en su raíz alguna cosa de verdad. El hombre, ciertamente, es mas cosmopolita que todos los animales; dueño despues de Dios, de la tierra, debia estar organizado de manera que pudiera recorrer toda la extensión de su dominio; pero es lo cierto, sin embargo; que en una residencia prolongada en una localidad, se establece entre él y ella una intimidad de relaciones fisiológicas estremada-



Regreso á Madrid.—Interior del coche.

mente estrechas. Su origen es complejo; está en el aire, que tiene su higrometría, su temperatura, su movimiento, y su química apropiada; en la constitución termológica anual ó estacionaria; en los alimentos que toma del suelo y en el aire de los materiales destinados á reparar los de nuestro organismo; en la naturaleza del suelo, en la vegetación especial que le cubre; en las costumbres higiénicas de los hombres en medio de los cuales se vive; en el lenguaje expresivo que los lugares, los paisajes, hablan al alma; en los movimientos del corazón, como en los del pensamiento! en aquel poder de las emociones y de los recuerdos que tanto han inspirado á los poetas. Díganlo Garcilaso y Rioja.

»Se comprende que cuando un alejamiento reciente ha desatado este círculo complejo, se pueda, al reanudarlo, es decir, trayendo al enfermo á su país natal, ejercer sobre su estado una influencia algunas veces decisiva.

»Mucho mas hablaria del cambio de aire por la emigración sobre el litoral; pero estamos cerca de Madrid, y la diligencia tendrá que hacer alto muy pronto.»

Yo que hasta entonces, me habia limitado á saludar á mis compañeros de coche, repetí al bajar este saludo en general; pero dirigiéndome afectuosamente al empleado en el Tribunal mayor de Cuentas del reino, le ofrecí sinceramente mi casa y especialmente mi amistad. Aceptóla de buen grado, y quedamos citados para vernos todas las noches en el café de la Iberia, en donde he tenido ocasion de saludarle, y de escuchar su amena conversacion con mucho gusto.

No será la última vez, que trasmita á las columnas de el MUSEO DE LAS FAMILIAS algunas de sus interesantes observaciones sobre puntos higiénicos.

I. A. BERMEJO.